

# LA PALABRA VIVA DEL DIOS VIVO

JUAN LUIS LORDA IÑARRA

## 1. LA VITALIDAD DE LA PALABRA DE DIOS EN LOS TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

Según una mente muy difundida en la antigüedad, la palabra es mucho más que un sonido expresivo o una representación: una vez proferida, subsiste como algo independiente del sujeto, permanece en el espacio y puede alcanzar una propia virtualidad, especialmente cuando se ha pronunciado en ciertas condiciones de solemnidad (conjuros, promesas, etc.).

Esta idea cobra una fuerza especial cuando el pueblo de Israel la aplica a la Palabra de Yahweh. La Palabra, para el Dios de Israel que no tiene cuerpo ni figura, es, por antonomasia, el instrumento de la acción divina: es en cierto modo el «medio» a través del cual Dios obra (Is 55,10). Con su palabra, Dios hace que las cosas surjan de la nada (Gen 1,3.6.9.11...; Sal 6,9; 33,6) y que los acontecimientos se produzcan (Is 44,26-28). Yahweh maneja su Palabra de una manera casi tan física como usa de las fuerzas naturales, los vientos, la nieve, etc. (Sal 147,75-20; Is 55,11). A veces, esa acción es vivificadora (Sal 107,20) y otras fulminante (Os 6,5; Is 11,4; Jer 23,29) <sup>1</sup>.

El libro de la Sabiduría llega a personificarla en este hermoso texto: «Cuando un sosegado silencio lo envolvía todo y la noche se encontraba en la mitad de su curso, tu Palabra cual implacable guerrero saltó del cielo desde el trono real en medio de una tierra condenada al exterminio, empuñando como espada tu decreto irrevocable» (Sab 18,14-16). Es de notar la curiosa reduplicación que apa-

---

1. Sobre este punto, véase el estupendo artículo de A. FEUILLET, *Palabra de Dios*, en *Enciclopedia de la Biblia*.

rece: la misma Palabra de Dios hipostasiada empuña como espada una palabra o decreto de Dios.

La Revelación cristiana da una interpretación definitiva y profunda a estos textos cuando San Juan anuncia, en el magnífico prólogo de su Evangelio, que esa Palabra a la que se refiere la Sabiduría ha existido desde el principio junto a Dios, que es Dios, que se ha encarnado, que nos ha descubierto cómo es Dios y que nos ha dado el poder de llegar a ser sus hijos (Io 1,1-14).

Más tarde, en su Apocalipsis, Juan retoma la imagen del guerrero aplicándola a Cristo, Rey de reyes y Señor de señores, con una pequeña variante: en este caso, el guerrero tiene la espada en su boca (Ap 1,16; 2,16; 19,15) como lo había prometido Isaías (Is 49,2; 11,4). Con esa figura (Cfr. Sal 63,4), se quiere destacar el poder inmenso de la Palabra que sale de labios de Cristo, que ha de vencer el mal y establecer para siempre el Reino de Dios, por encima de todos los obstáculos que pueda poner la obstinación humana.

La misma idea es recogida en la Carta a los Hebreos, donde se nos explica que Dios habla por medio de su Hijo con palabras eficacísima «que todo lo sustentan» (Heb 1,2-3). La Palabra penetra «hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las juntas y médulas y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4,12). Es decir, que tiene un efecto peculiar en los resortes más íntimos del espíritu humano y provoca esa labor de discernimiento, de clarificación, de separación entre lo bueno y lo malo. Por eso se dice que «la Palabra de Dios es viva y más eficaz y tajante que una espada de doble filo» (*Ibidem*).

Cuando los apóstoles reciben de Cristo la misión de predicar cuanto les había enseñado (Mt 28,19-20), toman en sus manos esa «espada del espíritu, que es la Palabra de Dios» (Ef 6,17), sabiendo que es, porque Cristo mismo se lo había dicho, «espíritu y vida» (Io 6,63). Por eso, desde el principio, se sienten «ministros o servidores de la Palabra» (Hech 6,4; 2 Tim 2,15). El protagonismo en la difusión del Evangelio no lo ocupan ellos, sino la misma Palabra que predicán. Es la «Palabra viva y permanente de Dios» la que engendra a los nuevos cristianos (1 Pe 1,23; Sant 1,18), la que «obra eficazmente» en los que creen, con una eficacia divina (1 Tes 2,13) y la que los conduce a la salvación (Sant 1,21). Ese protagonismo es tan claro que, para expresar gráficamente el crecimiento de la Iglesia, dicen que «la Palabra de Dios iba fructificando» (Hech 6,7), que «hacía progresos y se propagaba» (Hech 12,24; 19,20; 2 Tes 3,1). Y experimentan que, por encima de las dificultades que sufren, «la

Palabra de Dios no está encadenada» (2 Tim 2,9), ni puede estarlo porque es un eficaz fermento de vida divina en cuanto penetra en el espíritu humano (Sant 1,21).

## 2. LA PALABRA VIVA DE DIOS EN LA EXPERIENCIA DE LA IGLESIA: INTERPRETACIÓN Y USO DE LA PALABRA

La Iglesia primitiva aprende de boca de los apóstoles a reconocer y respetar la Palabra viva de Dios. La predicación se convierte en una tarea urgente pues es necesario hacer llegar pronto la Palabra a oídos de todos los hombres (Rom 10, 14-16; 1 Cor 9, 16). Y en esa predicación se hace un uso amplísimo de la palabra recibida, como ha recomendado el Apóstol de las gentes, pues «toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena» (2 Tim 3,17).

Y podemos comprobar cómo el mismo Apóstol cumple fielmente el consejo que da, utilizando muchas veces los textos según las técnicas más típicas de la predicación. Y conviene advertir que, por su propia naturaleza, en la predicación, interesa más la aplicación concreta de un texto a determinadas circunstancias con vistas a suscitar consideraciones o propósitos, que una estricta y fiel hermenéutica del pasaje empleado. Esto da lugar, generalmente —lo podemos comprobar todavía hoy y, en realidad, se puede considerar como connatural a la predicación— a un uso bastante libre de la Escritura; el mismo Apóstol da muestras de esto (1 Cor 10,6; 1 Tim 5, 18; 1 Cor 9, 9-12).

En contraste con esa libertad en el «uso», la Iglesia, por boca de Pedro, se muestra mucho más cauta en cuanto a la «interpretación» auténtica —la hermenéutica— de los textos, «bien entendido que ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación privada» (2 Pe 1,20).

La predicación cristiana toma así, desde su comienzo, estos dos principios metodológicos: amplia libertad en el uso de las Escrituras y extremo cuidado en la determinación precisa del sentido originario. Podemos comprobar, ya en los escritos de los Padres y en toda la tradición de la oratoria sagrada, que los textos son empleados con todos los recursos literarios posibles, desde la simple asociación de

ideas hasta la descripción imaginativa que tiende a completar lo poco que se sabe sobre personas, situaciones, intenciones, etc. La cultura religiosa cristiana contiene un amplio repertorio de pasajes, figuras y expresiones que se han cargado de sentido, a lo largo de la historia, de tal modo que su sola mención suscita en los oyentes muchas ideas y sentimientos que quizá no podrían justificarse ateniéndose estrictamente a la exégesis del texto. Basta pensar en la parábola de los talentos, la pesca milagrosa, el centurión «Longinos», el rico «Epulón», la «Magdalena», etc. Hay que advertir que, cuando se hace uso de estos lugares comunes, ordinariamente no se tiene ninguna intención de hacer exégesis, y, sin embargo, no podrá negarse que este uso ha enriquecido la vida de la Iglesia.

La Liturgia, por su parte, no tiene inconveniente en utilizar también las Escrituras con una amplísima libertad. Por ejemplo, en las Misas y Oficios propios de los Santos se toman textos de la Biblia para ilustrar anacrónicamente aspectos de su vida. Piénsese en el caso privilegiado de la liturgia mariana o la de San José y se comprenderá que ese uso, que no tiene propiamente hablando una intención hermenéutica, o por lo menos no es esa la primera intención, ha contribuido, sin embargo, de manera determinante en la comprensión de la fe de la Iglesia.

Piénsese también en el Oficio Divino recitado durante siglos, donde un número incalculable de sacerdotes y religiosos se han dirigido a Dios con palabras escritas muchos miles de años antes. Evidentemente, este uso de la Escritura ha difundido por toda la Iglesia una peculiar sensibilidad hacia Dios, y ha establecido unos concretos modos de dirigirse a él, orientando en un determinado sentido la oración (por ej. los salmos penitenciales), con palabras y expresiones que nacieron en otro contexto y, quizá, con orientación y propósito diverso del que después han adquirido.

Ninguno de estos usos, especialmente cuando han sido consagrados por el tiempo, puede considerarse ilegítimo, «pues toda Escritura es útil para enseñar, para argüir, ...» (2 Tim 3,17). Su único límite es el de la *analogia fidei*; es decir, que no contradiga el sentido que la Iglesia reconoce en otros lugares de la Sagrada Escritura<sup>2</sup>. Al mismo tiempo, no se puede desconocer que, en la medida en que un uso suscita necesariamente sentido, y por tanto una cierta comprensión de algún misterio de la fe, contribuye a esclarecer e iluminar

2. Cfr. Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 12.

la fe de la Iglesia y pasa, en cierto modo, a incorporarse a ésta cuando llega a ser sentir común (*lex orandi, lex credendi*). Obviamente no sería fácil reconocer cómo y en qué medida se produce esto en un caso concreto. Pero lo que aquí interesa destacar es que efectivamente se ha dado en la historia de la Iglesia. Es decir, que la Palabra de Dios ha tenido un papel activo —vivo— en la vida de la Iglesia, una de cuyas manifestaciones es también la inteligencia de la fe<sup>3</sup>.

Más aún, si consideramos la experiencia famosa de San Agustín —*tolle, lege*— y la aplicación que se hace a sí mismo del texto de Mt 19,21, donde el Señor habla al joven rico<sup>4</sup>, habríamos de convenir que se trata de una experiencia, en cierta medida, universal. ¿Qué cristiano no se habrá sentido interpelado o removido por algún pasaje de la Sagrada Escritura?, ¿Quién no habrá entendido alguna vez que unas determinadas palabras encerraban para él un mensaje, una luz, una sugerencia, una solución o un reproche? De una parte, nadie se atrevería afirmar que eso que entiende es el sentido propio del texto, pero nadie osaría tampoco declarar que sea ajeno a la intención divina, pues la Providencia de Dios gobierna la historia y cada uno de sus acontecimientos.

En esa clara conciencia de la Providencia divina, característica de la religión cristiana, se funda, en definitiva la legitimidad del sentido que genera el uso de la Sagrada Escritura<sup>5</sup>. Aunque nadie podría pretender tener en su caso, la garantía de esta asistencia divina para sancionar su uso particular, la Iglesia en su conjunto, y el Magisterio que la representa, sí puede reclamarla para sí<sup>6</sup>. Como hemos visto, una somera observación de la historia basta para confirmar que Dios ha utilizado, efectivamente, su Palabra viva como instrumento de su presencia en la Iglesia, también para suscitar una determinada comprensión de la fe.

3. «Haec que est ab Apostolis Traditio sub assistentia Spiritus Sancti in Ecclesia proficit: crescit enim tam rerum quam verborum traditorum perceptio, tum ex contemplatione et studio credentium, qui ea conferunt in corde suo (cf. Lc 2, 19 y 51), tum ex intima spiritualium rerum quam experiuntur intelligentia, tum ex praeconio eorum qui cum episcopatus successione charisma veritatis certum acceperunt» (*Ibidem*, n. 8).

4. *Confesiones*, L. 8, cap. 12.

5. «In sacris enim libris Pater qui in coelis est filiis suis peramanter occurrit et cum eis sermonem confert; tanta autem verbo Dei vis ac virtus inest, ut Ecclesiae filii fidei robur, animae cibus, vitae spiritualis fons purus et perennis existet. Unde de Sacra Scriptura excellenter valente dicta: *Vivus est enim sermo Dei et efficax* (Hebr 4, 12), *qui potens aedificare et dare haereditatem in sanctis omnibus* (Act 20, 32; cf. I Thess 2, 13)». (Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 21).

6. Cfr. *Ibidem*, nn. 9, 10 y 12.

La hermenéutica clásica ha considerado que todo este sentido obtenido, si se puede hablar así, probablemente al margen de la intención original de su autor humano, y por tanto no reconocible en un estudio exegético que se limitara únicamente a analizar el texto en su contexto histórico, se incluye en el llamado *sensus plenior*. El establecimiento de este término constituye un indudable acierto metodológico pues permite incluir en el sentido original determinaciones posteriores previstas, sin embargo, desde siempre por Dios, autor principal de la Escritura. Con todo, me parece que esta categoría no abarca adecuadamente todos los aspectos de la realidad que pretende definir, porque, en definitiva, trata el problema en términos de hermenéutica, de búsqueda de sentido, y por tanto oculta un dato muy importante, que es el que aquí queremos destacar: el papel activo de la Palabra de Dios en el seno de la Iglesia.

### 3. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Según acabamos de ver, la hermenéutica no es la única actitud que la Iglesia tiene y ha tenido ante la Palabra de Dios. En primer lugar porque, debido a la dinámica de la salvación, los aspectos prácticos —la predicación con el uso de la Escritura— priman sobre los teóricos —investigación sobre el sentido—. Evidentemente, en todo uso está implicado un sentido y no cabría pensar que se pudiera utilizar un texto sin, al mismo tiempo, entender su sentido más obvio. Según esto, también podría hablarse de una cierta prioridad de la hermenéutica, pero se trata, ordinariamente, de una hermenéutica muy sencilla, es decir, no científica. Y este modo de proceder está legitimado por la historia misma de la Iglesia desde tiempo inmemorial.

Si tenemos presente, por otro lado, que ese uso no científico, e incluso no hermenéutico, que la Iglesia ha hecho en su predicación y en su liturgia ha generado también, además de las diversas manifestaciones de la vida cristiana, cierta inteligencia de la fe, hay que concluir que no todo el sentido de la Escritura procede del texto mediante un proceso hermenéutico científicamente controlable. Esto implica que la hermenéutica científica no dispone de medios adecuados para juzgar toda la fe de la Iglesia en relación con los textos sagrados. En cierto modo, esta cuestión entronca con el hecho de la

Tradición viva de la Iglesia, que constituye, además de la Escritura, un lugar teológico<sup>7</sup>.

Todas estas consideraciones se basan, en definitiva, en un dato de fe: y es que Dios emplea de manera privilegiada, aunque no única, la Sagrada Escritura como instrumento para suscitar la vida de la Iglesia. De esa manera, la Sagrada Escritura ocupa dentro de la Iglesia no sólo un papel pasivo, de objeto de estudio hermenéutico, sino también activo, de instrumento operativo y vital.

Ahora bien, el mismo dato que impide que la exégesis científica desempeñe un papel absolutamente hegemónico en la relación de la Iglesia con la Escritura, pone actualmente esa actividad en un lugar muy relevante. El hondo sentido cristiano sobre la Providencia —que intuye en la historia el querer de Dios— lleva a considerar hoy como un cierto signo de los tiempos la pujanza y logros de esa ciencia. Si, en el pasado, la Palabra viva de Dios ha hablado a la Iglesia de muchos modos, hoy es evidente que quiere también servirse especialmente de éste para mejorar su vida y aumentar su comprensión de la fe<sup>8</sup>. Por eso me parece importante que la hermenéutica científica, al mismo tiempo que toma conciencia de sus límites, tome conciencia también de su grandeza.

7. Cfr. *Ibidem*, nn. 9 y 12.

8. Son numerosas y bien conocidas las afirmaciones del Magisterio en este sentido. Entre otras: Enc. *Providentissimus Deus*, Dz-S 3286-3289; Enc. *Divino Afflante Spiritu*, Dz-S 3826-3831; Const. Dogm. *Dei Verbum*, nn. 12 y 23.

